

Ahora es tiempo de consensos y utopías

Entrevista realizada por Milagros Aguirre

Diario *El Comercio*, Quito, Domingo 19 marzo 1995.

¿Los cambios educativos son inalcanzables?

Todo cambio en materia de educación es lento. Es un cambio que toma muchos años y muchos periodos de gobierno. Parecería inalcanzable simplemente porque no puede ser obra de un ministro, ni siquiera de un gobierno. Plantearse, como parte de una gran utopía del siglo XXI, la meta de una educación de calidad para todos, debe ser el gran objetivo nacional.

¿Cómo?

Es necesario que las políticas educativas no sean de los gobiernos, deben ser del Estado. Una reforma educativa toma más de una docena de años. De ahí que la Reforma Curricular iniciada ahora debe ser debatida por toda la sociedad para que en agosto del 96, cuando haya el cambio de gobierno, tenga el consenso necesario y haya continuidad.

¿Cómo encauzar la voluntad de todos?

El problema es que hay voluntades pero no hay participación de la sociedad civil. Todos queremos un cambio, pero el cambio es concreto, requiere de acciones puntuales. Existe un espacio que se creó en el Acuerdo Nacional Siglo XXI y que es el Consejo Nacional de Educación. Están representados ahí en la Unión Nacional de Educadores, el Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas, la Confederación de Establecimientos Católicos del Ecuador, el Consejo Nacional de Desarrollo... Si la sociedad civil no presiona para que ese Consejo tenga una vida propia e influencia en la determinación de las políticas educativas, no creo que pueda haber una participación efectiva de la sociedad civil.

¿Pero es un asunto de voluntades o de presupuestos?

Es precisamente ese Consejo Nacional de Educación el que tiene que presionar para que el presupuesto de la educación sea aumentado como voluntad política del Estado, en un uno por ciento cada año hasta alcanzar el 30 por ciento -que es lo que establece la Constitución- en aproximadamente 10 a 13 años. Eso solamente se puede lograr con la presión de la sociedad civil. Si la sociedad civil no asume su rol no lo van a asumir ni los partidos políticos ni los gobiernos.

¿Usted estuvo también afectado por esa “vocación mesiánica” de los ministros de Educación, de la que habla en su último libro?

Todo el mundo -y el ministro termina creyéndoselo- cree que el nuevo ministro es la tabla de salvación de la educación ecuatoriana y al poco tiempo termina achacándole a ese mismo ministro los males atávicos de la educación ecuatoriana. Esa vocación tiene que abandonarse. Los ministros deben ser más sencillos en sus aspiraciones.

En los últimos 13 años ha habido 14 ministros. Es muy poco lo que duran para que los cambios

y gestiones sean trascendentes.

¿Es posible la continuidad?

Creo que es indispensable. El ministerio podría tener un consejo asesor de ex-ministros que tengan entre sus funciones las de asesorar privadamente en los campos que le competen.

¿Por qué privadamente?

Porque de lo contrario podría politizarse. Claro, con el compromiso ético de que no vayan a salir a decirle a la opinión pública “Claro, yo le advertí tal cosa”.

¿Usted ha tomado parte en el ministerio actual?

No, más bien me he mantenido al margen porque no hay espacio para hacerlo. Pero se ha mantenido un diálogo, eso sí, que es importante.

Entonces, ¿no hay tal continuidad?

En ciertas cosas. Hay puntos en el Acuerdo para la Educación Siglo XXI que están en la actual Reforma Curricular.

Es da la idea de que la continuidad es posible, porque en educación nadie está inventando nada, se están reformulando cosas.

¿Ecuador Estudia o la campaña de alfabetización no son muestra de que esa continuidad ha fracasado?

La campaña de alfabetización tuvo su tiempo y el mantenimiento de los programas de educación de adultos es lo que se está dando como continuidad. Hemos disminuido el analfabetismo a menos del 10 por ciento. Es una cifra tolerable.

La meta debe ser, mediante programas sostenidos, ya no con campañas, eliminar hasta el 2005 el analfabetismo. Todo quedó listo para la post-alfabetización y tiendo entendido que se lo sigue haciendo, en un trabajo más bien silencioso.

El programa *Ecuador Estudia* fue el que llevó adelante la post-alfabetización. Lo que hizo el nuevo gobierno fue cambiarle de nombre. Se han continuado cosas como la Biblioteca Ecuatoriana de la Familia y ellos se han centrado en el módulo de cultura.

Pero la Subsecretaría de Cultura, la Dirección Nacional, el Consejo Nacional, el Fondo de Cultura, etc... han fracasado por falta de presupuesto.

Lastimosamente me parece que en el asunto cultural hay un problema de concepción de lo que se quiere que el Estado haga por la cultura.

No se sabe si se quiere al Estado como mecenas, ni los artistas saben, a ciencia cierta, lo que requieren. El Estado tiene una obligación ineludible, que no es precisamente la de patrocinador, sino que está en dar crédito, exenciones tributarias e incentivos fiscales para invertir en la actividad cultural.

Este es un tema más complejo en el sentido de que hay menos consensos...

¿Los consensos no son también una utopía?

La búsqueda de consensos implica ceder posiciones. Pero no creo que sea imposible.

De hecho ha habido posibilidad de consensos. El Acuerdo para la Educación Siglo XXI estuvo firmado por Juan José Casteló, de la UNE, por el padre Jorge Ugalde de la CONFEDEC. Lo firman decenas de organizaciones ligadas al proceso educativo, la UNESCO y UNICEF.

La búsqueda de consensos hará un nuevo país -de ese que se habla ahora, a propósito del conflicto territorial-. Ese nuevo país es una utopía. Hay la esperanza de construirlo. Es tiempo de buscar consensos y no de imponer voluntades.

Usted habla de utopía cuando se habla de el fin de ellas... Además dice detestar el término posmodernidad...

El hecho de que se hable del fin de la historia, fin de las ideologías y fin de las utopías no es una realidad para nosotros. Es una realidad para los yuppies de Nueva York. No para los shuaras o para los habitantes de provincias pequeñas.

Al destruirse la utopía socialista no quiere decir que no queden otras: la de la democracia, de la ecología, de un proyecto de educación de calidad por el siglo XXI. Es un imperativo ético para los intelectuales conseguir y pensar en nuevas utopías.

Hablar de posmodernidad es un esnobismo del que hablan los desencantados del primer mundo. Nosotros estamos recién en el primer día de la creación.

Ese nuevo país del que se habla ahora es también una utopía.